

abordar concepciones que sobrepasan lo simplemente temático. Lo que fué un arma política —la exaltación de lo autóctono— para Vigil empieza a perder significación, pues él induce a los escritores a desistir de la idea de que lo nacional debería sustentarse fundamentalmente en el tema, y en cambio pensaba en que se hacía improrrogable poner la atención en “aquella otra sustancia más sutil que constituye el carácter de una literatura”.

En su conclusión, José Luis Martínez afirma que el modernismo —y las manifestaciones literarias posteriores— fué el paso último que reveló la madurez de nuestra literatura. La originalidad y la nacionalidad encontraron ahí por vez primera su cumplimiento. Acerca del contenido de esta afirmación podría escribirse otro libro, pues sabemos de las polémicas que en su tiempo se desataron a causa precisamente de lo “no nacional” de aquella escuela y también conocemos de qué manera, paralelamente, grandes escritores nada modernistas se autonombraron los campeones de “lo nacional” en la literatura. Tal como abordó Altamirano el problema, apenas López Velarde le habría colmado el gusto. En sustancia, el modernismo, que representa esa tan presentida mayoría de edad de nuestra lírica, desemboca en cauces que eluden las normas señaladas por el maestro, tanto por la temática como por la castidad de la lengua.

Como postreras acotaciones quiero decir que en su estudio —rico en materiales de primera mano— José Luis Martínez procede con honradez al hacer la interpretación de los textos de que se ha servido y es lógico en el desarrollo de los distintos capítulos. Su importancia no se restringe a lo puramente literario sino que toca puntos relacionados con la evolución de las ideas en la pasada centuria. Por otra parte, es un primer paso susceptible de ser enriquecido posteriormente con investigaciones que completen las que ahora ha iniciado este joven escritor.

Ambrosio Ramírez traductor de Horacio. Introducción, transcripción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. Universidad Autónoma de San Luis Potosí. San Luis Potosí, 1954. 306 pp.

Ambrosio Ramírez nació en Villa de Reyes, San Luis Potosí, el 2 de diciembre de 1856; murió en San Luis Potosí, el 1º de marzo de 1913; fué profesor universitario,

funcionario público, orador, poeta, crítico, traductor, y uno de los mejores latinistas potosinos.

Ramírez, antes de intentar traducir a Horacio, realizó profundos estudios sobre la época y el espíritu del poeta latino, además estudió numerosos de sus comentaristas y traductores al español. Consciente de las dificultades que ofrece una traducción decorosa de Horacio, no pudo menos que confesar: “Preciso es convenir en que nuestro idioma carece, en ocasiones, del vigor latino para expresar con la energía correspondiente, las ideas elevadas... (Hay cosas) intrasladables a lengua castellana, aunque no tanto como a cualquier otra, con la misma fuerza, con la misma energía que en el original tienen”; pero si admitió en algunos lugares la paráfrasis, no por esto dejó escapar la esencia del verso, y siempre fué fiel al espíritu de Horacio. Tres cualidades, que se pueden resumir en una, pedía Ramírez al traductor horaciano: “Corrección en el decir, giros elegantes del lenguaje y sobriedad en el estilo”; su principal preocupación es la métrica, agente que conserva la música del original: “una de las cosas en que, según creo, debe fijarse más la atención de quien traduzca a Horacio, ha de ser en la elección del metro, el que, si no es el mismo del original —ya se trabajen traducciones, ya paráfrasis—, deberá ser el que más se le parezca”. Por su parte, Ramírez emplea en sus versiones gran variedad de metros: dísticos, tercetos, cuartetos, romances, sonetos, silvas, verso libre, y el que más frecuente es la lira, combinando heptasílabos y endecasílabos, no sólo a la manera clásica, sino de otras maneras de su invención.

Entre sus trabajos como crítico e historiador del Venusino, que se distinguen por su cuidado y profundidad, dejó inéditos unos *Apuntes para la vida de Horacio*, y *Datos sobre el Tíbur*; más una no terminada *Colección de Odas de Horacio traducidas por ingenios españoles, mejicanos y sudamericanos*. San Luis Potosí, 1911; adelantándose en muchos años a Gabriel Méndez Plancarte, emprendió sin llegar al fin un estudio sobre *Horacio en Méjico*; también escribió algunos ensayos sobre gramática latina; y se interesó por libros y autores de su tiempo, a los que dedicó algunos estudios, entre otros a Montes de Oca, Pagaza, Othón, Roa Bárcena, Emilio Amaury Martínez, Casimiro del Collado, Zorrilla. En su haber existen 23 poemas: reli-

giosos, patrióticos, elegíacos, de circunstancias, de los que opina Peñalosa: “Algunos son muy del gusto de la época. Los primeros, en orden cronológico, no pasan de ser ejercicios retóricos, en que la técnica —sin que tampoco sea extraordinaria—, supera la inspiración creadora”.

Este trabajo de Joaquín Antonio Peñalosa es meritorio por varias razones: la cuidadosa y metódica recopilación de datos; el conocimiento que implica —además de los habituales— de la lengua y de la literatura latinas; la imparcialidad para juzgar las diferentes facetas de la obra de Ambrosio Ramírez; dar a conocer a un autor casi ignorado y sus traducciones inéditas o de muy difícil acceso al público. Sólo es lamentable la abundancia de erratas tipográficas que afean esta edición, y el estilo del prólogo que, en momentos, se vuelve de una melosidad arcaica que molesta a los oídos educados en la sobriedad; pero tratándose de un trabajo de investigación es fácil perdonar el estilo, más cuando revive la figura de un gran traductor, al que Othón dedicó un soneto elogioso: “Ya de Gliceris la mirada ardiente, / de las blondas pestañas bajo el manto, / hizo latir tu corazón, y en tanto / probaste el agua en la Castalia fuente. / Viste bañarse en la humida corriente / faunos y ninfas con divino encanto / y en el triclinio resonó tu canto, / coronada de pámpanos tu frente. / Al acre jugo de las vides nuevas / en ánfora pagana mezcla ahora / sangre de Pan y leche de Afrodita. / Verás qué versos en el canto elevas, / pues ya en tu flauta rústica y sonora / la divina Alma Genitrix palpita”.

C. V.

JOSÉ PASCUAL BUXO, *Tiempo de Soledad*. Universitaria de Guanajuato. Guanajuato, 1954. 64 pp.

El poemario comienza con una invocación de Miguel Hernández, el poeta más admirado y querido, entre los más recientes, por el autor.

En *Tiempo de Soledad* impera, aparte de la soledad, una constante sensación de asedio. El espíritu está acosado por el silencio, la noche, la ausencia de la amada. La mayor parte de las imágenes aluden a esta situación: “Cercado estoy, cercado por tu ausencia”, “Sangre mía, ¿hasta donde te acorralan?”, “¿Qué puede hacer, sino, / un hombre rodeado / de recuerdos y ausencia, / qué puede un hombre solo, / con su sólo latir / y con la voz henchida / entre tanto silencio?” Alrededor del hombre todo es duro, metálico, hostil. Los poe-

mas contienen un rico vocabulario de cosas duras, hirientes, opresoras: “puntas de metal, palabras”, “Dura ciudad dormida / en un sueño metálico / y herrero”, “hierro móvil aprieta”, “Por fuera presiónaban heridas cual derrumbes”. Es un mundo que acosa, que encierra en la soledad y se opone al vuelo del amor, haciendo crecer la tristeza. El poeta suspira por liberar a su amada y liberarse él de ese tenebroso cerco, y dice:

“Si yo pudiera, amor,
—si con las manos
pudiéramos izar
las frentes cual banderas—
arrancarte el silencio dolorido
y hacerte sonar la pena.”
(14, p. 37)

Y es que el asilamiento es terrible. Llega a convertir a la amada en objeto frío y enemigo:

“Eres como el mar; la calma
del mar, aterradora y pálida.”
(7, p. 23)

También la tierra patria está lejana, desligada, acosada. Pero el poeta no se conforma con su tristeza; la levanta vigorosamente, como un arma, en rebeldía. A ese asedio que aprieta y hace sangrar opone una lumbre interior (ojo: lumbre y no sólo luz). En el caso de la amada:

“Es de noche.
Digo tu nombre en silencio,
digo tu amor y lo oigo
como una lumbre subiendo.”
(12, p. 33)

En el caso de la patria reconoce que hay olvido, pero el olvido no evita que ella esté presente:

“¡Ay! olvido, ¡ay! olvido
que cese tu negra saña,
aunque estés detrás del mar,
detrás del mar está España.”
(II, II, p. 60)

El poeta afirma su voluntad de lucha contra la cerrazón que le acosa, contra el silencio, la oscuridad y el olvido, pues dentro del poema está “su lumbre / —su sonido— / embistiendo en la niebla”. Su primer acto de lucha es la claridad. El que la circunstancia que hiera al poeta sea oscura no quiere decir que lo sea también el poema. Por lo contrario, la expresión de Buxó es clara, inteligible, luminosa. Buxó se ha apercibido de que una expresión conscientemente oscura y caótica no lleva a ninguna parte y es el saldo de un movimiento que se ha quedado veinte años atrás, con el laboratorio hecho trizas.

Miguel Hernández es buen compañero en el camino de la